

## EL CHARLY

A algunos me los presentó como amigos. Sonreían, haciendo como que estaban felices de conocerme. Mi mamá prefería ocultarnos quiénes eran, qué buscaban. Se reían de mis chistes, aunque llegaba un momento en que la carcajada ya no era creíble. En el fondo, conocernos era una prueba que tenían que pasar. Esas tardes “entretenidas” me dejaban aplastado. Me dolía el cuerpo. Ellos desaparecían, eso era lo esencial: que desaparecían sin aclarar a qué habían venido.

Algunos llegaron a pagar las cuentas. No todas, solo el agua, la luz, los gastos comunes, pero a veces conseguir que pagaran cada mes resultaba tan trabajoso que mi madre prefería endeudarse. Algunos se quedaron a dormir ciertas noches como supuestas excepciones. Otros se iban tarde y yo trataba de vigilar hasta que se fueran, pero el sueño me vencía y se escabullían segundos antes de que nos llamaran a desayunar.

A uno lo descubrí.

Algunos bailaban con ella, bailaban mal. Incluso uno bailó conmigo, obligado, en el matrimonio de una tía.

Nos traían regalos, compensaciones, sobornos. Trasnochados Transformers medio rotos –quizás se los robaban a sus propios hijos–, imitaciones de monitos de Dragon Ball que costaban 500 pesos en la feria, láminas de álbumes que no coleccionábamos, horrendos stickers piratas de Juan Carlos Bodoque, muchas chombas y hasta una camiseta de la Católica que luego usé para limpiar unos vómitos. Pero daba lo mismo si el regalo era bueno o no.

Un niño intuye que si un adulto al que apenas conoce llega con una autopista de dos niveles envuelta en papel *de niño* –pelotas de rugby, autos de carrera, inmensos hot-dogs– es porque lo detesta y está desesperado. Es una humillación, sobre todo para la mamá. Es pagarle para culiar.

Había otros que llegaban sin regalos. Eran honestos, pero los odiaba.

Algunos se hacían los juveniles. Como si la música y los libros de la juventud nunca cambiaran, me preguntaban si me gustaba Led Zeppelin o Julio Cortázar o Joan Báez. Les respondía que no, y eso que me gustaba Cortázar. Les decía que no me interesaba ni la literatura ni la música, yo era un hombre de ciencia. Le copiaba esa frase a mi abuelo, nunca supe si era una broma: la usaba para defenderme.

Pronto entendí que no había que agarrarles cariño, porque justo cuando empezabas a quererlos, llegaban una tarde cabizbajos y empezaban a tratar de despedirse. Las cosas no iban bien con la mamá. A lo mejor no nos volveríamos a ver. Y entonces había que fingir: que no me importaban, que eran una manga de idiotas, que estaba de acuerdo con mi mamá –todos los hombres son iguales. Que lo que habían hecho era imperdonable. Con el Charly fue así. Después de él siempre que conocí a un nuevo pololo venía decepcionado de antemano. No me entraban balas, los despreciaba. Mi hermano, en cambio, fingía indiferencia, aunque quizás de verdad estaba más interesado en sus juegos de cartas que en las personas.

Cuando mi mamá vuelva conoceremos al Charly. Todos los días la esperamos jugando en el living, a veces rompemos algo porque nos da risa la cara de escándalo que pone al entrar. Sola. Ahora van a entrar juntos, como si él fuera parte de ella, como si ambos conformaran un bloque, un dúo o, como dice mi mamá, una pareja. Siento curiosidad.

Mientras finjo jugar con mi hermano –pero él juega en serio, plenamente entregado– no puedo dejar de pensar en la silueta del Charly, en su figura. Supongo que es alto, flaco y de terno, muy distinto a mi papá. Quizás con una barba frondosa y algún tipo de gorro alto y serio. Atraviesa esa puerta de madera clara que con los años ha absorbido marcas como rasguños, patadas con las puntas de las botas que mi viejo daba para sacarse el barro de las suelas, o quizás la rabia, cuando todavía vivía con nosotros. Pero esas marcas están del otro lado, se ven cuando uno entra. Desde el lado en que ahora miro, mientras espero, veo la misma madera lisa, tenue, ligeramente astillada, con una manilla color bronce opaco que tengo que tomar con las dos manos para abrir. Mi hermano juega y yo espero atento, sin saber qué pensar. Estoy suspendido, abrumado por esa imagen, mi mamá diciendo por primera vez: “Tengo pareja”. Sabía lo que era un “pololo”, en mi colegio todo el tiempo nos turnábamos en ese juego extraño, que consistía en tomar a una niña de la mano y sentir que algo estaba a punto de pasar. Pero nunca había escuchado la palabra pareja. Mi papá y mi mamá eran “esposos”, él “esposo” y ella “esposa” y a veces eran “enamorados” o incluso, como salía en el libro de sexo tántrico que escondían debajo de la cama y yo leía casi con fiebre los días en que lograba robarlo, eran “amantes”. Por momentos se odiaban. Pero nunca fueron una pareja.

El Charly fue el primer pololo que mi mamá nos presentó como tal. Debe haber sido el décimo o el vigésimo, pero para nosotros fue el primero. Mi mamá ya nos había explicado que el Charly no iba a reemplazar a nuestro papá. Recuerdo una frase que me sorprendió, que me pareció quizás violenta, pero no dije nada: tengo derecho a seguir adelante. No me convencían sus razones. Sabía que

necesitaba nuestra aprobación. Si no nos gustaba la cosa era fácil: simplemente tendría que terminar con él.

\*

El Joaquín, enrojecido, hace rebotar su pelota de tenis contra la muralla del comedor. Fue un regalo de mi papá, junto con unas raquetas y la frase: quiero que me acompañen a jugar al club. O quizás, que me acompañaran me haría feliz. Se pasaba inventando juegos y atracciones para que pasáramos “tiempo de calidad” con él, como en una película de Hugh Grant. Detesto el tenis. El profesor que me puso es un tipo despreciable, un pelado fibroso que se enfurece cuando me da lata correr, como si perseguir una pelota fuera algo importante.

El Joaquín sabe muy bien que no debemos rebotar la pelota contra la muralla del viejo alemán. Ese señor siempre le trae estatuitas a mi mamá, de sirenas o focas o palmeras. Ella las agradece, pero después nos dice que las compró en la feria nomás. A veces don Kurt le pide que le traduzca algo del inglés, unos textos que trae en papeles manchados con grasa, o llega con *El Mercurio* a mostrarle la foto de un sobrino suyo que aparece ahí cada cierto tiempo, en Economía. El diario suele tener también esas manchas amarillentas, como de aceite. Evito darle la mano a don Kurt. Cuando él entra, desaparezco. Vive con su esposa no-alemana y un gato negro y blanco que se llama Félix, que es un nombre alemán o que suena alemán, pero mi hermano dice que es un nombre gringo. Ponerle Félix a un gato, le respondo, es una estupidez.

Le digo al Joaquín que se vaya a botear la pelota a la pieza, pero él quiere estar cerca de la puerta porque estamos esperando al Charly. Mejor juguemos a las bolitas, le digo.

La puerta se abre cuando estamos arrodillados bajo la mesa, buscamos una bolita que mi hermano me ganó. Entreveo a un tipo alto, barbón, con una chaqueta negra sin cuello y los pantalones medio apretados. No es exactamente un adulto, pienso: es como un rockero. Tiene la barba mal afeitada y por un momento me dan asco unos pelos sueltos que se le asoman en la pera. No imaginaba al Charly así, me digo sin mucha convicción, tal vez no es él, quizás es un primo perdido que mi mamá se topó en la calle e invitó a la casa. Porque más se parece a mi primo de segundo grado –el cineasta que según mi mamá es drogadicto– que a mi papá, o a cualquier papá. Me levanto y la bolita naranja con tres estrellas, de Dragon Ball, cae de mi bolsillo, rueda y choca con mi pie. Me quedo mirándola mientras mi hermano trata de explicar que yo la escondí, pero no logra hablar de corrido, se atraganta. Ella me mira como si fuera inconcebible que le hiciese algo hoy, justo hoy, y murmura: qué hiciste.

No la escucho, me acerco al Charly. No sé si me va a abrazar o a darme la mano y él tampoco. Se mueve un poco a la derecha y a la izquierda, como un boxeador inexperto, esperando que yo haga el primer movimiento. Estiro la mano.

La suya es blanda y gigante. Charly Marensi, le sale casi gritando, y el nombre completo, al darme la mano, es como si dijera: este es un asunto entre hombres.

El Joaquín se pone a llorar y grita, por fin, que lo estafé. Mi mamá me pregunta si es verdad. Le digo que no, que está picado porque perdió. El Charly trata de saludarlo, pero no logra que mi hermano le haga caso, así que vuelve a darme la mano y la agita una y otra vez, sonriendo, como en las películas de Chaplin, que eran las favoritas de mi abuelo. Se pasaba horas viéndolas al hilo, aunque jamás se reía. La cara de mi hermano se contrae como si una fuerza la

estuviera prensando. Se atraganta y empieza a emitir unos sonidos graves y agresivos. El Charly lo taladra con ojos raros, desconfiados, y después mira de nuevo a mi mamá.

Miro al Charly desafiante, y con todas mis fuerzas le aprieto la mano transpirada.

\*

Somos tres, nos costó ser tres. No entiendo por qué para mi mamá es tan fácil integrar a un cuarto, que coma con nosotros, hacer como si nada. Mira la tele y se queda hasta tarde, pero no amanece en la casa, nunca está a la hora del desayuno.

Me saluda como si fuera su amigo, me dice *che*, a veces incluso boludito, cariñosamente, pero no soy su amigo. El Charly creció en Buenos Aires, él dice que es de Caballito, al parecer es un chiste. Todavía tiene un poco de acento. Todos los pololos, pensé cuando lo conocí, deben ser argentinos. Mis compañeros me dijeron que no. El Gabriel me gritó que tener un pololo en la casa era penoso, pero que igual lo entendía porque mi mamá era la más rica del curso. Me dijo que soñaba todas las noches con ella, la veía tomando sol en tanga en una playa llena de gente. Le contesté que yo conocía al viejo pelado que dormía con su mamá; que se hubieran casado no lo hacía menos cerdo, le grité. Ese viejo se culea a tu mamá por todos lados.

Fue el Negro el que me aclaró el asunto, mientras echábamos una partida de Risk, juego que él detesta por imperialista, y porque Dios nos ordena amar y cuidar a nuestro prójimo. Yo asentía, aunque no podía decidir si era un genio o estaba loco. Pero jugaba bien y me ganaba siempre, aunque le recordara a cada rato que soy solo un niño. Mientras conquistaba toda Europa y Groenlandia y

América entera en un solo turno, me explicó que los pololos no necesariamente eran argentinos, pero que los argentinos eran más atractivos. Entonces usó una palabra que nunca antes había escuchado: *exótico*. Significaba, por lo que entendí, palmeras y playas distantes, y hombres fuertes y morenos con taparrabos jugando al vóleibol, entrando a la selva y encontrándose con mujeres oscuras y bellas. En realidad dijo *ricas*, pero no me gusta esa palabra, cuando él la dice suena asquerosa. Después terminó de sacarme la cresta en el Risk. Cuando estaba a punto de perder pateé el tablero, se perdieron las piezas y me hice el tonto. Mi abuelo siempre decía que no hay que dejar que nadie nos gane, que si uno va perdiendo hay que buscar una distracción y patear el tablero, fingir que fue un accidente.

\*

El Charly me pide que le traiga una bebida de la cocina mientras miramos monos. Mi papá opina que los monos son para pendejos, que tengo que progresar e irlos dejando de lado para llegar a la madurez.

—¿No podís traértela tú?

Se queda callado.

—Ya vas a ver, pendejo.

\*

El Negro y el Charly son compañeros de mi mamá en el diplomado de Locución, pero se supone que los locutores hablan bien y el Charly habla pésimo, con esa mezcla deslavada de argentinismos y chilenismos mal aprendidos: sos una huevona, Scorsese es lo más. Nunca hace caso cuando ella le dice que cuide el lenguaje frente a nosotros. El Negro,

en cambio, aunque no tiene buena voz, habla muy correctamente, se esfuerza por pronunciar cada sonido y siempre repite esa cuestión irritante de que los chilenos hablamos mal, no pronunciamos nada, nos comemos las consonantes –sobre todo las ese– y en cambio los colombianos y los peruanos y los españoles hablan bien, espectacularmente bien, todo lo que ellos hacen está bien. Los chilenos hablarán mal, puede ser, pero lo que es yo hablo bien, muy bien incluso. Es una de las pocas cosas que hago bien.

Cuando conocí al Negro, lo primero que le pregunté fue por qué tenía ese apodo que le quedaba tan mal, porque no era negro ni mucho menos: en Chile los Negros nunca son negros realmente, me dijo. En general tenían ese apodo, continuó con su típico tonito didáctico, los que eran ligeramente morenos en un mundo de blancos. Pero no es mi caso. Él era blanco o casi blanco, y en su colegio todos eran morenos. La verdad es que el apodo se lo habían puesto de muy chico por eso, era una ironía (¿Sabes lo que es una ironía? / No / Deberías), pero ni siquiera se acordaba muy bien de esa época, él lo había conservado para no tener que mencionar su verdadero nombre. Pensé que sería Percival o Michael Jordan, pero resultó que era Jenaro, un nombre que él odiaba especialmente, dijo que lo encontraba vulgar. Me contó que antes de que él naciera, su hermano mayor estaba muy celoso, decía que cuando nadie mirara iba a asfixiar a su pequeño hermanito. Para que le agarrara cariño, los papás le ofrecieron que decidiera el nombre, pensando que podrían influenciarlo. ¿Qué nombre quiere, Ángel, Esteban, Gabriel? El niño, que en el colegio estaba leyendo *El socio*, gritó: Jenaro. Los padres, que no querían tener que desdecirse y empeorar las cosas, tuvieron que aceptar. Trataron de disuadirlo, le sugirieron otros nombres, pero estaba absolutamente convencido de que ese era



el correcto. Por suerte no me puso Snoopy, dijo el Negro, y me acordé de una historia que me contó una vez mi viejo, en que aparecía un hombre que se llamaba Sansón Radical. En realidad no recordé la historia, solo el nombre. Siempre puede ser peor, le dije al Negro, y nos reímos. Entonces empezó a caerme bien.

Le contesto al Charly que los monos son para pendejos, que entonces él es pendejo. Se echa para atrás en el asiento y se ríe.

—Y, es verdad. Todavía soy pendejo, es rico ser así, boludito. Si es por mí, prefiero no crecer nunca. Ser adulto, qué hueá más apestosa.

A mí me da lo mismo ser o no adulto. Pero una vez mi papá me dio un consejo: si alguna vez no sé qué decir, hay una regla de oro. Tengo que mirar a un idiota, ver bien lo que piensa y pensar justo lo contrario.

Prefiero ser adulto, me encantaría ser adulto, si pudiera saltarme la niñez.

—La niñez es apestosa.

\*

—Si yo me metí a esto gracias a ti, me dice. Que acaso no me acuerdo. Y le respondo que no tengo idea de qué está hablando.

Claro que me acuerdo. La culpa es mía, esto pasó antes del Charly, seguro. Estábamos en el auto con dos de mis tías, la Pepa y la Natalia. Ellas jugaban a relatar las noticias de la radio con voces de argentinas, de colombianas, de cubanas, de gringas, de árabes, de alemanas. Mis tías son muy extrovertidas y eso me pone nervioso, es desesperante que alguien sepa que está haciendo el ridículo y no le importe. Así que ese viaje estuve en silencio, hundiéndome,

picado, en el fondo del asiento, pero en un minuto no aguanté más:

–Cállense, dije, silencio. Todas ustedes tienen la voz horrenda, realmente asquerosa, excepto mi mamá. Su voz es bonita y es la única que podría salir en la radio.

No sé si fue por eso que mi mamá decidió estudiar locución. A lo mejor lo había pensado antes y lo dice solo para joderme, porque la critico tanto. Le digo que se ve ridícula estudiando con gente tan joven, pololeando y haciéndose amiga de personas 15 años menores que ella. Que ya pasaron dos años desde las clases y todavía no les dan el diploma, postergan una y otra vez la ceremonia de graduación. Mi papá no deja pasar ocasión para decir que es una irresponsable. Sería más útil y digno, le digo, seguir una carrera universitaria normal, sacar un segundo pregrado o uno de esos posgrados medio chantas pero al parecer útiles, “mejoradores de renta”, en lugar de estar perdiendo el tiempo entre seudocarreras. Le digo que la mayoría de sus compañeros tomaron ese curso como una excusa para camuflar un año sabático y luego ir a la universidad, como la gente normal. Mi mamá se levanta los anteojos y me mira a la cara y bajo la vista. Fue mi culpa. Yo le metí la idea en la cabeza.

\*

El diplomado en locución es una más entre miles de especializaciones que ha tomado en los últimos años: lectura de la Carta Astral, Eneagrama Familiar, Magíster en Educación Emocional –dirigido por el famoso Juan Casaluz, a quien mi mamá admiraba hasta que descubrió que se aprovechaba de los alumnos, haciéndolos escribir capítulos de sus propios libros–, diplomado en Capacitación Laboral, Mediación, Reiki. Una vez le dije que volviera a

la universidad a estudiar psicología o algo así. Jamás, reaccionó, como si le estuviera pidiendo que renunciara a sus principios. Con todo lo que has estudiado, le grité, en los últimos años ya habrías terminado una nueva carrera.

Me respondió –ahuyentando mi tono acusatorio con un lánguido gesto de muñeca– que podía ser, pero que la universidad y el colegio eran una tortura. Que no volvería ni en broma. A veces soñaba que siendo ella, tal cual, adulta, se despertaba atrasada para el colegio. Se duchaba y se vestía muy apurada, tragándose los panes con mantequilla casi enteros –cuando era chica comíamos puras marraquetas con montones de mantequilla y nadie engordaba, la margarina la inventaron después– y corría para tomar la micro. Llegaba a la puerta del colegio y todas sus compañeritas la reconocían, eran unas niñas y le hablaban huevadas, del pelo y de la falda de no sé quién, y ella las miraba desde lo alto mientras conversaban con ese tonito que las niñas consideran adulto. Tocaban la campana y se tenía que sentar, pero las bancas eran muy chicas, no había espacio para sus piernas, para sus rodillas. Entraba la profesora y daba un golpe con el borrador en la mesa y ella se despertaba con ese estruendo, toda transpirada. Al Charly le costaba horas calmarla.

–Después me desvelo toda la noche.

Esa es su excusa para todo: si está de mal humor es porque se desveló, si no llegó a buscarme al colegio es porque se desveló. Me dieron ganas de escupirle. Tú sabes, si me conoces bien, que a la universidad no voy a volver nunca.

Mi hermano, desde atrás de su ruma de cartas Magic, preguntó desde cuándo dormía con el pololo. Lo dijo con la voz más calmada del mundo.

Mi mamá se puso roja como tomate y contestó, tuvo que contestar: a veces en la casa de él, nunca acá, solo siestas.

\*

Para lo único que le sirvió el diplomado fue para hacer un programa de radio infantil por el que no le pagaban y que se transmitía solo en La Florida, los viernes a las nueve de la noche. A veces íbamos con mi prima y cantábamos algunas canciones que mi mamá componía:

Me gusta jugar al fútbol  
patear la pelota muy fuerte  
correr como si tuviera ruedas  
y meter un gol

Aunque toda mi familia odiaba el fútbol. O comentábamos un cuento, cosas así. El programa se llamaba *Con los niños*. Conocía al tipo que hacía la voz de Juan Carlos Bodoque, de *31 minutos*, de cuando era profesor suyo, y él le consiguió que Tulio Triviño mandara un saludo a los niños que escuchaban el programa. En ese momento me emocioné, pero ahora me pregunto si en realidad alguien lo escuchaba. Una vez le ofrecieron a mi mamá que recibiera llamados y ella se negó rotundamente, diciendo que no quería interrumpirse, que no iba a comprometer su integridad. Tal vez tenía miedo de que no llamara nadie.

Cuando conoció al Negro él tenía 20, igual que la mayoría de los alumnos, y el diplomado era lo primero que hacía después de salir del colegio. Empezó a ir a la casa bien seguido, aunque de vez en cuando nos invitaba a la suya y nosotros jamás fuimos. Mi mamá decía que quedaba muy lejos, pero el Negro me comentó varias veces, cuando ella no estaba, que no era tan lejos, que mi mamá lo que tenía era una ligera timidez social. No le entendí, y cuando le

pedí explicaciones me recordó que él era de Colina. Seguía sin entender, pero asentí para no quedar como tonto.

El Negro nos leía sus poemas religiosos y nos traía regalos y nos enseñaba a hacer bromas que nos parecían audaces. También se hizo amigo de mi prima Dani y descubrió que, si la desafiabas, era tan orgullosa que hacía lo que fuera. Una vez consiguió que se pusiera una capucha y bajara al primer piso, escondiéndose entre los autos, mientras yo y el Negro asomábamos a mi hermano a la ventana, diciéndole que era un ladrón y que venía a atacarnos. La cosa terminó mal, mi hermano llorando y yo castigado.

\*

Estuve jugando en la tarde con los otros niños del edificio, apostando a las carreras en bicicleta, construyendo –con cajas viejas de cartón– edificios en que solo los niños son admitidos, subiendo y bajando del árbol que según mi papá es un naranjo, aunque nunca en la vida lo he visto con fruta. Se ponía el sol, así que me escondí detrás de ese como camión militar abandonado. Una vez mi abuelo me dijo, apuntándolo desde la terraza, que era del enemigo. No se rio. Igual la Nancy me terminó descubriendo. Ya había que subir, estaba oscuro y mi mamá había dicho que no podíamos comer después de las ocho. A la entrada del edificio estaban cambiando las baldosas antiguas y me puse a saltar en la parte en que el suelo estaba descubierto. Me gustaba que se marcaran las huellas de mis zapatos. De pronto se abrió la puerta del ascensor y se asomó don Kurt. Tenía un bastón de mango metálico y un chalequito sin mangas sobre su camisa rosa pálida. Sobre el pelo mal cortado equilibraba una especie de boina. Me miró un momento y

le dijo a la Nancy al pasar: aprenda a controlar a ese crío, india. Me paralicé. Después se fue a sentar al patio en el banco de siempre. En el ascensor le pregunté a la Nancy qué era un crío y a qué se refería con lo de india, si acaso ella era mapuche, y me respondió que ese señor estaba loco, que no había que hacerle caso, que ella no era mapuche, que los mapuches eran unos borrachos y que *crío* era una forma antigua de decir *pendejo*.

En la casa estaba el Negro conversando con mi mamá, y le conté lo que había pasado. Nunca antes lo había visto enojarse. Decía que esto era el colmo, que no se podía tolerar, y me invitó, aunque después entendí que estaba bromeando, a tirarle verduras al viejo en la cabeza desde el balcón. Bajó corriendo las escaleras a enfrentar a don Kurt. Al principio la conversación pareció cortés y el Negro hacía muchos ademanes, pero después el viejo se paró y levantó sobre su cabeza el bastón, que al parecer siempre llevaba en la mano, sin apoyarlo. El Negro retrocedió un poco, le gritó que no tenía derecho, lo dijo tan fuerte que se llegó a escuchar en el quinto piso, dio media vuelta y volvió al departamento. Me apartó del balcón y me dijo que yo no me daba cuenta, pero que en estos barrios había a veces una violencia horrible. Que en la vida había que ser justo, pero no justiciero. Y que si don Kurt volvía a tocar la puerta, le mostrara el dedo del medio, sin que mi mamá se diera cuenta.

Me quedé pensando en eso de lo justo y lo justiciero. Según yo no hay diferencia, me dice esas cosas para hacerse el intelectual. Es algo que el Negro hace siempre. Él y mi mamá son solo amigos, en eso los dos insisten, pero al Negro no le cae bien el Charly, y desaparece cuando viene a vernos. Le pregunté una vez por qué no pololeaba con mi mamá, que yo lo prefería a él antes que al Charly, y me

respondió, con un suspiro, que la razón y las mujeres no se mezclaban. Aunque después se empezó a reír y agregó que no era diferente con los hombres. Así es el Negro, lo complica todo, y le gusta usar las palabras más enredadas del diccionario, algo muy propio de un aspirante a locutor, según mi mamá, que siempre anda hablando de los demás cuando no están. El Negro, dice, es un locutor incipiente, y el Charly no es un locutor, nunca fue locutor, se le nota a un kilómetro que jamás va a terminar el diplomado ni ninguna carrera, jamás va a terminar algo, porque su vocación es artística. El Charly es un músico de verdad, un inspirado, un Pablo Herrera, dice mi mamá. Pablo Herrera es su referencia máxima, fue su profe de guitarra en el pedadógico, pero no lo menciona frente al Charly porque él lo odia, piensa que es un chileno mediocre, un vendido, siempre ha pensado que por ser medio argentino tiene un encanto especial que llama exceso, valor o desenvoltura, y que los chilenos son chupados, excesivamente tímidos, trabados para todo. El único músico de verdad –claro– es Spinetta, él mataría por ser como Spinetta.

El otro día mi mamá me dijo, sin que le preguntara, que si bien se entretiene con el Charly porque la hace sentir joven, un día le gustaría estar con un locutor de verdad, con un hombre que supiera hablar verdaderamente bien. Nunca se aburriría con un hombre que convirtiese cualquier historia en algo extraordinario. Mi mamá siempre le hizo campaña a Lagos, porque hablaba tan bien. Votó por el *No* por eso. Yo era algo conservadora, venía de un colegio pituco, pero cuando tú escuchabas a esos caballeros en la tele te dabas cuenta altiro para dónde iba la micro. Los comerciales del *Sí* eran tan ordinarios, y la gente tenía un tono afeminado, ridículo. Con el *No* estaban los verdaderos locutores.

\*

Mi mamá piensa que el vecino del 12 es narco. En realidad vende pescados y mariscos finos, repartiéndolos en cajones de plumavit con hielo a lo que ella llama “la gente rica”, aunque el Negro siempre le contesta, riéndose, que los ricos acá somos nosotros. Según mi mamá, el vecino esconde las drogas en bolsas plásticas adentro de los pescados. Dice que es imposible que cambie el auto todos los años, cada vez uno más lujoso, un Camaro deportivo, un Mustang. Estaciona sus autos del futuro junto a las camionetas venidas a menos de nuestros vecinos.

En este edificio viven dos tipos de personas: ancianos que alguna vez tuvieron plata –o al menos lo intentaron– y familias jóvenes con hijos como nosotros. Los hijos jugamos en el estacionamiento, los viejos nos gritan que no echemos a perder el pasto y los padres se pasan todo el día en el trabajo o frente a la tele. El narco no calza, es un joven sin familia que hace fiestas que se escuchan en todo el edificio y le corta los tubos de escape a sus deportivos sin patente solo para meter bulla. En este barrio, en que se supone que nunca pasa nada, él es exótico. Bueno, uno nunca sabe con quién vive. Incluso los vecinos normales pueden ser los más extraños.

Hicieron una funa ayer en la tarde. Una horda de personas entró al estacionamiento del edificio, con pancartas y megáfonos. Nos rodearon. Comenzó un discurso en que un hombre de unos 50 años, con un chaleco celeste y el cuello de la camisa asomado, acusó a todos los vecinos de dormir tranquilamente compartiendo techo con un asesino. Luego explicó que el hombre del 63, nuestro vecino de arriba, un señor muy amable y silencioso, había matado a uno de sus hijos en la dictadura. Nosotros éramos



los interpelados, porque compartíamos literalmente techo con él o más bien nuestro techo era su suelo. Él y otros policías, en una manifestación, habían arrestado a dos jóvenes apenas mayores de edad y los habían llevado a un callejón donde los golpearon. Nuestro vecino, según lo que decía el hombre del megáfono, se había negado a participar, pero finalmente, presionado por sus compañeros, disparó contra los jóvenes. El relato estaba lleno de detalles escabrosos. El hombre del chaleco celeste usaba un tono lastimero, un grito de indignación. La Nancy estaba histérica, llamó a mi mamá y a la policía, diciendo que alrededor de la manifestación se habían instalado unos punkis con lentes de sol y tatuajes que parecían estar esperando que se armara una pelea. Mi hermano miró un rato y se fue a jugar a la pieza, pero yo me quedé ahí, deseando no entender pero sintiendo que ya no podía hacerme el tonto, que no podía usar mi excusa favorita, que era un niño, para hacerme el huevón.

La manifestación duró menos de lo que esperaba. Creía que no iba a terminar nunca, que esperaban que el vecino bajara a defenderse o se muriera de un ataque al corazón, pero al poco andar ya no quedaba casi nadie. Tan rápido como había llegado la turba se fue. Los punkis se quedaron un rato dando vueltas, amenazaron al conserje con romperle la tele portátil y luego se fueron, aburridos.

\*

Mi hermano me contó la otra noche que espiaba al Charly. Trató de despertarme a golpes, no podía dormir. Le dije que estaba cansado y me dejara tranquilo. Pero era serio, algo sobre el Charly. Así que me obligó a escucharlo.

El Joaquín tenía miedo de que se estuviera quedando a dormir en la casa, así que un día, después de comer, se

sentó en la salita con un cómic escondido detrás de un libro en el que un ruso le decía a otro ruso que la vida no tenía sentido. Le pregunté por qué escondía el cómic y me contestó que no quería que el Charly pensara que era tonto. Los argentinos son intelectuales, dijo. Se quedó un buen rato leyendo y después cabeceando, hasta que la puerta se abrió y salió mi mamá. Le preguntó qué hacía y él dijo que siempre le habían gustado los rusos y que últimamente le costaba dormir. Mi mamá le preguntó, pero en verdad la pregunta era al aire, por qué le habrían salido dos animales en lugar de hijos, sacó un yogur de la cocina y volvió a la pieza. Al rato salió el Charly y se despidió de mi hermano. Le dijo chao, boludito, y cerró la puerta. Mi hermano, que ya no daba más, se fue a acostar. Y pasó lo mismo las otras tres noches que hizo la prueba. Con eso el Joaquín se había quedado tranquilo, seguro de que el Charly se iba siempre. Hasta que mi papá nos llevó a ver una película argentina, *Tiempo de valientes*, y el Joaquín descubrió que los argentinos usaban *boludo* como un insulto (“sos un boludo hijo de puta”).

Nos ha estado haciendo tontos todo este tiempo, gritó. El Charly hacía como que era cariñoso con nosotros, pero en realidad nos estaba insultando. No era una persona confiable. Por eso se quedó otra noche, en que el Charly salió y le dijo chao, boludito, como siempre. Mi hermano no pudo contener su rencor: tú serás el boludo, gritó. El Charly cerró la puerta riendo. Y mi hermano, que se desmayaba de sueño, fue al ventanal y se escondió detrás de las persianas. Diez minutos después se escuchó un movimiento en la cerradura, la manilla giró y entró el Charly sin polera ni calcetines, con toda la ropa en la mano. Hacía girar las llaves en su dedo índice. Mi hermano no supo qué hacer, pensó en saltar y acusar y hacer un escándalo, pero

finalmente no se movió, se quedó un rato pasmado y vino a acostarse. Eso acaba de pasar, dice. El Charly está con la mamá ahora mismo.

¿Sabes lo que están haciendo?, le pregunto, orgulloso de ser siempre el que sabe más: el Charly le está metiendo su pene. Adentro.

Durante un segundo su cara dibuja una mueca de asco, una reacción incontrolable, pero casi en seguida regula sus facciones. Lo tengo súper claro, contesta con voz segura. No soy un ignorante. Todas esas cosas están en internet.

\*

Desde ayer mi mamá odia al Charly. Lo llama *el ladrón de bicicletas*. Cuando le preguntan por él, contesta que era –habla de él en pasado, como si hubiera muerto– una persona muy menor, casi un roto. Lo saca a colación sin que nadie le pregunte: llegué tarde a mi clase por culpa del maldito ladrón de bicicletas. O la otra vez, después de casi atropellar a un ciclista: inconscientemente quería atropellarlo. En mi último cumpleaños, a alguien que hablaba de su seguro de vida, casi le gritó que esa era la misma póliza que tenía *el ladrón*. Todos la miraron raro. Las cosas que antes le gustaban de él son las mismas que ahora le molestan: antes decía que era aventurero, sorprendente. Ahora lo resume diciendo que es un pendejo.

A mí empezaba a caerme menos mal. Nos hacíamos cómplices, porque él estaba de acuerdo conmigo en que los tallarines integrales eran asquerosos. Encontraba que toda esa comida naturista que mi mamá nos daba era desabrida y penca, y lo decía en la mesa. El pollo sin hormonas era enano y valía dos veces lo que el otro, el pavo era mucho más desabrido que el cerdo, las cosas con azúcar añadida

y grasas eran ricas. De hecho, decía, la grasa y el azúcar es justamente lo que las hace ricas. Lo celebraba como si fuera un defensor de los derechos humanos.

Incluso me trajo un regalo: el primer disco de su banda, Biovicio. Escucha este álbum. Tienes mucho que aprender. El disco parecía rockero, pero resultaron ser unas baladas muy mamonas en que el Charly le cantaba a una mujer que era la misma en todos los temas y parecía apestosa. Cuando me preguntó mi opinión, no quise hacerlo sentir mal. Contesté que me había parecido bacán; creo que incluso grité un poco. Quiso comentar las letras. Le respondí que cuando escuchaba música jamás ponía atención a las letras, que la voz me hipnotizaba, que no me sabía ninguna letra salvo las de las canciones de los monos animados. Creo que quedó contento con eso de que su voz me hipnotizaba, porque dijo que en el rock las letras no era tan importantes como la intensidad. Esas fueron las últimas palabras que le escuché, porque me fui a acostar sintiendo que él era el payaso de un circo y yo el enano que estaba obligado a tolerarlo porque estábamos de gira o algo así. Pero la gira terminó al día siguiente.

Mi mamá abrió sus cajones buscando los negativos en que aparecía el Charly, estuvo un par de días en la pieza oscura revelándolos uno por uno, y después cortó su cara de todas las fotos, como si no pudiera soportar destruir totalmente imágenes en que el resto de la familia salía tan bien. Luego las quemó, cientos de caras de Charly de distintos tamaños, con la barba larga, con gorro de rapero, con el pelo corto, con un piercing en la ceja que luego se le infectó. En el sartén se mezclaban con los recortes los negativos de las fotos, porque dijo que no iba a resistir la tentación de revelarlas de nuevo, cuando ya no lo odiara, por lo que tenía que aplicar medidas drásticas, para nunca olvidar lo

que él le había hecho. Después intentó lavar el sartén, pero no pudo desprender del fondo la especie de caramelo duro y negro. Tuvo que botarlo.

\*

Cuando puse el disco del Charly en mi equipo, como una especie de despedida, entró casi corriendo a mi pieza, trató de apagarlo, no supo cómo, y cuando por fin le pasé la caja con el disco adentro, me pidió que la perdonara, pero no podía soportar su voz.

Ahora mismo está en la pieza haciendo un collage con fotos que saca de las revistas. Hace un rato fui a espiar. El collage tiene como título “Un futuro radiante” y aparecen fotos de mujeres felices con carteras y ropa Gucci y recortes de niños de revista que llevan mi nombre y el del Joaquín en mayúsculas. También sale un ejecutivo de terno y maletín de cuero sobre las palabras “EL HomBre ideal LLEGARÁ”. A veces pienso que mi mamá es tonta.

Sin que me vea entro a su pieza, que siempre huele a incienso y a aire fresco, porque abre las dos ventanas para que hagan corriente. Está echada en la cama con los audífonos puestos y alrededor suyo hay varias cajas de discos, sobre todo de música celta y tibetana. Siento que sus objetos me vigilan. En la repisa tiene unos 30 libros de autoayuda y en el escritorio el computador viejo, con sus adorables 64 megas de ram, junto al monitor que casi la mató en el terremoto, porque todo ese mueble cayó encima de su cama. Por suerte se había levantado para ir al baño antes de que empezara a temblar, y cuando volvimos a entrar a la pieza, con linternas, parecía como si el mundo acabara de terminarse. Todo se había volcado. Después de eso los vecinos se juntaron en el estacionamiento. Mi mamá tuvo que fingir

que siempre habíamos tenido grandes vínculos con ellos. Regalamos algunas provisiones y otros vecinos nos dieron pilas para las linternas y unas mantas, porque una puerta de nuestro clóset se había trabado. Tuvimos que hacer un teatro incomprensible, como si realmente creyéramos que el edificio podía caerse. Cuando la vecina de ojos claros, ni siquiera sé su nombre, me entregó las pilas, sentí el mismo desconcierto que me produjo recibir el disco de la banda del Charly. No entendía por qué fingían que era algo vital, algo que yo había pedido. Temía el momento en que, al encontrarnos en el ascensor, de nuevo dos felices desconocidos, me preguntara si las pilas nos habían servido del mismo modo en que el Charly me había preguntado lo que pensaba del disco.

Mi mamá tiene los ojos cerrados. Saco el disco del Charly de encima del escritorio, lo abro y guardo el cd en una caja de Barry White. Antes de devolver todo a su lugar miro por última vez esa carátula absurda y pretenciosa, en que aparece una mujer rubia con los ojos cerrados y los pies en un balde de agua. Escucha música con audífonos y está sentada en un sillón que da toda la vuelta al disco, el mismo sillón en el que, en la contratapa, están sentados los miembros de la banda. Se parece un poco a mi mamá. Tiene algo en las ojeras, o en la forma en que toma los audífonos cuando escucha, presionándolos con las palmas contra las sienas. Aunque claro, es mucho más joven y no tiene en la cara las marcas de acné que mi vieja pasa tanto tiempo tratando de disimular. Escrito en grandes letras verdes: Biovicio. El disco se llama *Cuero*.

Salgo de la pieza y lo pongo en mi walkman:

Aprovechar al máximo la vida  
estar enviado con ella

Salto la canción:

Me miras  
envuelta en tu rojo cuero  
Así  
flotaría por siempre

Metó el disco en la caja y pongo en su lugar uno de Kraftwerk, que es un grupo que me mostró el Negro, diciéndome con un tono condescendiente que escuchara algo que valiera la pena. Lo guardo en el fondo de mi clóset, detrás de unas poleras que nunca uso. Todas las semanas mi mamá toma la iniciativa de llevarlas a la caridad, o a los Traperos de Emaús –que hasta ayer pensé que se llamaban “de Mahú”–, pero finalmente termina echada en el sillón, suspirando y diciendo que está agotada, que está gorda, que debería andar más en bicicleta, pero no le da el cuero.